

FICHA DEL LIBRO

Miremos al traspasado

AUTORES
*Joseph RATZINGER*EDITORIAL
Fundación San Juan. Rafaela Provincia de Santa Fe, República Argentina, 2007. 170 pp.

Joseph Ratzinger en su obra *Miremos al traspasado* realiza una fundamentación cristológica de la espiritualidad del Sagrado Corazón de Jesús. Un libro de teología y espiritualidad de fácil lectura que combina las interpretaciones bíblicas y de los Padres con las últimas teorías teológicas sobre la Cruz y el Misterio pascual, para acercarnos a entender en profundidad la devoción al Sagrado Corazón del Altísimo.

El libro se estructura en dos partes: en una primera, Ratzinger elabora una fundamentación espiritual de la cristología tomando como base las reflexiones suscitadas en el Congreso Eucarístico en Lourdes en 1981 y el Congreso sobre el Corazón de Jesús de ese mismo año, y las meditaciones surgidas a raíz de otra serie de acontecimientos (comienzo de la Conmemoración de los 1600 años del Primer Concilio Ecuménico de Constantinopla y el jubileo de los 1150 años del Concilio de Efeso, también la fecha del III Concilio de Constantinopla del año 681 brindaba la ocasión para conmemorarlo y profundizar en sus textos) que permitieron interpretar a la luz de las fórmulas clásicas de Calcedonia la cristología espiritual; en una segunda parte se recogen una serie de homilias pronunciadas en la Semana Santa de 1981 en Baviera sobre la profundidad del Misterio Pascual.

Tras el Concilio Vaticano II todas las cuestiones teológicas, en especial las cristológicas estaban en tela de juicio, se llegó a reemplazar el nombre de Cristo por el de Jesús, intentando analizar la figura de Jesús de Nazaret como un personaje histórico con independencia de la confesión de la Iglesia. Ratzinger expone una serie de tesis para recuperar la unidad interior e indisoluble de Jesús y Cristo, de Iglesia e historia. No se puede olvidar que el centro de la vida y persona de Jesús es su comunicación permanente con el Padre, tanto que de todos los títulos utilizados para nombrarle, podríamos resumirlos en tres: Cristo, Señor e Hijo (de Dios); los evangelistas no tienen dudas al destacar que la acción de Jesús proviene del diálogo con el Padre, de ahí surge el origen de la propia Iglesia con la llamada a los doce, y la confesión de Pedro, como segunda configuración de la Iglesia, al ver a Jesús orando.

La oración constante en Jesús, alcanza su culminación en la muerte en la cruz, Cristo muere rezando: «Dios mío, Dios mío, ¿porqué me has abandonado?» (Mc 15, 34), este grito mortal era la oración mesiánica del sufrimiento humano, de las esperanzas de la

humanidad, se cumplió el sufrimiento del justo y aparentemente rechazado por Dios Padre. De esta forma, la muerte se transforma en un acto de comunión y comunicación con el Padre y de amor hacia nosotros sus hermanos. En la Iglesia, como cuerpo de Cristo, como nueva comunidad se vive esta oración constante por la propia iniciativa divina, en la que Cristo es su cabeza y muestra el destino de los hombres que se unen a El.

La Teología de la encarnación y la de la cruz forman una unidad indisoluble, Jesús como verdadero Hijo de Dios, posee su misma esencia, por la encarnación también la nuestra, por ello la unidad de Dios y del hombre es posible en Cristo; Dios al unirse a su criatura no la merma, sino que la conduce a la plenitud, como en Jesús vemos que su voluntad humana no es absorbida por la divina, se fusionan, haciendo una unión libre y verdadera (auténtico misterio trinitario), el hombre en comunión con Cristo descubre la auténtica libertad y verdad, somos llamados a ser como Dios.

Ratzinger realiza un comentario a la encíclica *Haurietis aquas* de Pío XII, sobre la Teología de la encarnación que completa su tesis sobre la oración en la cruz de Cristo y justifica el culto al Corazón de Jesús: la propia contemplación de lo invisible en lo visible es un acontecimiento pascual, el hombre precisa mirar para percibir interiormente los misterios de Dios, todos somos como Tomás que necesitó ver las llagas de Cristo para reconocerlo. La capacidad de sufrimiento en Cristo presupone su capacidad de sentir, las pasiones de Jesús (representadas en el corazón), justifican que en las relaciones del hombre con Dios se incluya el corazón. Más aún, el Padre es pasible, tiene piedad, siente compasión por el sufrimiento porque El mismo sufre infinitamente permitiendo la muerte del Hijo en la cruz. El misterio pascual, es misterio de dolor y pasión, pero sobre todo de corazón, de amor. El corazón traspasado del Hijo nos lleva a reconocer el amor del Padre por nosotros, y a comprender la justicia divina transformada en amor mise-

ricordioso ante la criatura sufriendo.

El corazón traspasado de Jesús nos muestra como el corazón salva, pero no cuando este busca conservación de sí, sino cuando se abre, se dona; nos invita a donarnos a El y con El al otro, sólo entendido así el amor alcanzamos la plenitud, pues la plenitud del amor es eternidad.

Para concluir la primera parte, Ratzinger explica qué se debe entender por comunión cristiana, recuperando las interpretaciones bíblicas y de los Padres, como unidad que proviene de la comunión con los apóstoles en su doctrina y de la donación de Dios vivo en la oración. Se trata de la comunidad vivida con la Palabra de Dios encarnada, que nos hace partícipes de su vida en su muerte, y así conducirnos al servicio mutuo, a la comunidad visible y vivida tanto en su dimensión sacramental y espiritual, como en la institucional e individual.

Ser cristiano es participar en el misterio de la encarnación, saber reconocer a la Iglesia como cuerpo de Cristo. Es inseparable la Iglesia y la eucaristía, la comunión sacramental y la *Communio* comunitaria, al recibir a Cristo en la eucaristía, entramos en comunión real con El, el ser humano se abre al Padre, hecho que es posible por la aceptación del Hijo al unificar su voluntad humana con la divina pronunciando el sí de la donación y redención en el amor.

Como conclusión de la obra, Ratzinger recopila unas meditaciones fruto de las homilias de la Semana Santa de 1981, en ellas se actualiza el misterio pascual en la Europa actual. El paso de los siglos no ha hecho perder vigor al mensaje de Cristo, también hoy, la Iglesia es la nueva familia que sostiene la creación y a nosotros mismos. Sigue siendo Cristo el que salva, el Cordero que se ofrece en sacrificio por amor a nosotros, que nos comunica la omnipotencia de Dios Padre, y que nos trae la felicidad al intuir la grandeza de su mensaje.

Cristo libera, nos enseña que nada nos pertenece, estamos de paso hacia la casa del Padre, todos nos tenemos a los otros

mutuamente, y esta idea de finitud y ansia de plenitud nos lleva al desprendimiento y a la auténtica libertad, a reconocer la dignidad humana, entendiendo que Cristo nos habla a cada uno de nosotros para que sepamos que más allá de liberación es salvación. Y que en la comunión con El por el amor del Espíritu y la unión con nuestros hermanos nos abriremos al Padre.

La lectura del libro es sumamente enriquecedora para todo aquel que se sienta atraído por el culto al Sagrado Corazón de Jesús, permitiendo profundizar en la natu-

raleza del misterio sin olvidar la tradición y sin renunciar a la aportación de los estudios teológicos más avanzados sobre la materia. Todo ello elaborado en un breve y fácil ensayo que va proporcionando más luz conforme se avanza en su lectura, para terminar con unas reflexiones del propio Benedicto XVI que motivan a seguir meditando personalmente sobre el seguimiento al Traspasado. ■

POR Susana Miró

Universidad Francisco de Vitoria